

Fuego sacro desprendido
De la omnipotente hoguera:

Virtud de las fuertes almas,
Que á la par de Dios sustentas
La frágil, humana arcilla,
En las mas terribles pruebas:

Sublime fé, que en el trono
De Dios, cabe á Dios te asientas,
Entre las altas virtudes,
La mayor y la primera.

Tú, que siempre en esta cárcel
Humana viviste estrecha,
Hallaste en Miriam un trono
Mas grande que tu grandeza.

Que por profundos arcanos
De la suma Omnipotencia,
Ella sin tú no sería,
Ni existieras tú sin ella.

En anteriores edades,
Eras tú la luz incierta
Que así ilumina el escollo
Como la amiga ribera;

La luz que al náufrago alumbraba
Al rugir de la tormenta,
No de salvarse el camino,
Sino el riesgo en que se encuentra.

Mas al nacer de MARIA,
Y existiendo al par con ella,
Subiste á ser fé CRISTIANA,
De mentida que antes eras.

Y desde entonces al mundo,
Que sin tú camina á ciegas,
En el cielo, eterno faro,
Alumbras la recta senda;

Mostrándole en lontananza
Allá en la region suprema,
El plácido puerto amigo,
Do hallarán fin sus miserias.

Por eso la casta vírgen
Que en sus entrañas maternas
Llevó al que es la fuente pura
De la virtud verdadera,

Se abrasó en tu ardiente lumbre
Con tan insigne creencia,
Que ni un punto de su vida
Vaciló su fortaleza.

Y hijos entrambos ojos
Allá donde el Sumo impera,
Al traves de los dolores,
Males y sustos que cercan

Al hombre, y que muy mas crudos
Desgarraron su alma tierna,
En proporción que escedia
La comun naturaleza:

Siguió impávida el camino,
Si atormentada, serena;
Que en tus raudales bebía
Mas que seráfica fuerza.

Y ora del hijo cercara
Allá en la sublime esfera,
Por dosel tiene su trono,
Por alfombra las estrellas.

Y á los viajeros mortales,
Que arrastran sobre la tierra,
Llenos de pena y zozobras,
Su miserable existencia;

Desde el lugar sublimado
Que de Dios mismo á la diestra
Ocupa, amante sonríe,
De futura paz emblema.

Y nuestras tiernas plegarias,
Y nuestras amargas quejas,
Por ella son recibidas,
Y presentadas por ella.

MARIA ESPERANTE.

IV.

De ardiente amor y fé pura
Emanación altecida,
Como los ángeles bella,
Como los cielos divina:

Virtud que el Omnipotente
Creó con una sonrisa,
Cuando sobre tantos mundos
Sopló el fuego de la vida:

¡Alma Esperanza! del hombre
Leal y constante amiga,
Que de la cuna al sepulcro
Su oscura noche iluminas;

Poder que cuando las otras
Fuerzas del alma se humillan,
Ante el crudísimo embate
Del dolor y la desdicha,

Alza la cándida frente
Que entonces fúlgida brilla,
Y al cansado caminante
Sostiene á un tiempo y le guía.

Tal de las roncadas tormentas
En medio á las crudas iras,
El flaco arbusto se salva
Cuando rota cae la encina.

Y esperando el cumplimiento
De las promesas divinas,
En su puro amor se anega
Y en su firme fé confia.

MARIA DOLIENTE.

V.

¡Dolor, dolor!—Férreo yugo
Que la mano poderosa
De Dios, impuso en la tierra
Contra amor, placer y gloria;

Poder de cuya existencia
Lució la primer aurora
Con el delito primero
Que registran las historias;

Aquella primera falta
Que en la mansion deleitosa
Del perdido Eden, la madre
De la gente humana toda,

A instigación cometiera
De la serpiente engañosa,
Cuya implacable malicia
Aún nos atormenta ahora;

Crisol donde se aquilatan,
Se depuran y valoran
Las mas ínclitas virtudes
Que el humano pecho adornan;

De la fé sublime escuela,
Contienda de amor heróica,
Do en proporción del peligro
Mas ilustre es la victoria;

Palenque de la esperanza
Se ejercita y desarrolla,
Pues sin tu embate es inútil
Su fuerza reparadora;

Contrapeso inevitable,
Que á domar nuestra orgullosa
Naturaleza, dispuso
La voluntad creadora;

Poder, en fin, cuya fuerza
A tanto en la vida monta,
Que sin estar adunadas
Las tres virtudes gloriosas

Que son en el universo
Imágen deslumbradora
De la trinidad suprema
Que el mar y los vientos doma;

A sus tremendos embates
Debilitadas y

Empero, hasta que del mundo
Pisó la cárcel maldita,
Aquella vírgen escelsa
Do el Sumo Sér se reelina:

No fué tu amorosa lumbre
Sino vacilante chispa,
Que al acaso entre tinieblas
Brillaba y desaparecía.

Mas al posarte en el alma
De la muger elegida
A ser de la fé del cielo,
Primera sacerdotisa,

Al complemento llegaste
De tu esencia enaltecida,
Que ella de tí fué en la tierra
Encarnación peregrina.

Como tú, vírgen y pura,
Casta como tú y sumisa,
Como tú hermosa y modesta,
Fuerte como tú y benigna.

Y como aquella columna
Que allá en la arena intranquila
Del desierto, iluminaba
A la nación escogida;

Que opaca en las claras horas
Del sol, en la noche umbría
Inmensa faja de fuego
La marcha trazaba escrita:

Así tú al mísero humano,
Fanal perenne, encaminas,
Al traves de este desierto
Borraacoso de la vida:

Mas nunca desde la aurora
Primera, que purpurina
Anunció al vasto universo
Del primer sol la venida,

Animara humano pecho
Tu llama plácida y viva,
Con fulgor tan generoso
Como el pecho de MARIA!

Que nunca hubo criatura
A quien fueran prometidas,
Al traves de tantos males,
Venturas tan inauditas.

Flaca muger, engendrada
De carne mortal, que un día
Debe ser madre dichosa
De un Dios; pudibunda inclina

La frente, y á los dolores
Inmensos, como á las dichas
Que el mismo Dios le promete,
Valerosa se resigna.

Sucumbieran una á una
Cediéndole la corona.

Tú de Miriam en el alma
Hiciste heridas tan hondas;
Tales torrentes vertiste
De envenenada ponzoña

En el purísimo seno
De aquella casta paloma,
Que entre Dios y los humanos
Fué divina intercesora;

Que sin la fuerza invencible
De la llama generosa
De eterno amor y fé pura,
Y esperanza animadora

Que en su pecho inmenso ardia,
Trina, incontrastable antorcha;
Vencida acaso, doblara
Su frente á tales congojas.

Desde el instante supremo
En que de la etérea bóveda
Partió el paraninfo, nuncio
De la nueva portentosa

De la redención del mundo:
¡Cuántos sustos y zozobras,
¡Cuántos agudos pesares
Desgarraron su alma heróica!

Madre, pierde al hijo caro;
Huérfana, á su padre llora;
Y viuda desolada
Es ya la que fuera esposa.

Y estas penas, que al humano
Tan crudamente acongojan,
Cuando en el mar de la vida
Vienen distantes y solas;

Juntas, terribles, sañudas,
En el corazón se agolpan
De Miriam, y lo desgarran
Con ansia devoradora.

—Mas en la ruda palestra
Triunfa la escelsa matrona,
Y el negro báratro gime
Confesando su derrota.

VI.

Así Miriam fué en la tierra,
Que desde la enorme culpa
De nuestra primera madre,
Yacia en noche profunda,

La llama de amor sublime,
De la fé lumbrera angusta,

Y de la blanda esperanza
Antorcha serena y pura.

En ella el Omnipotente,
De las humanas angustias
Apiadado al fin, enviónos
Consuelo, y paz, y ventura,

Y en vano allá del Averno
Aquella ominosa turba
De arcángeles maldecidos
Que bajo el pendon se aduna

Del feroz Luzbel, en saña
Ardiendo implacable, ahulla,
Exhalando en gritos roncós
Su torpe, impotente furia.

Y en vano, sobre la tierra,
Generaciones ilusas,
Del negro error defensoras,
Contra la alma verdad pugnan;

Que como el sol en el cielo,
Con fulgor mas vivo alumbra
De una deshecha borrasca
Tras la espantosa pavura;

Tal del torvo paganismo
Tras la impenetrable bruma,
Lució el sol del Evangelio
Con luz perenne y fecunda.

Mas al ver su disco claro
Brillar en la eterna altura,
Los númenes del Erebo,
De nuevo á nefanda lucha

Se preparan, ostentando
La temeraria bravura
Del que en el mortal combate
Su sola esperanza funda.

Mas con la primer derrota
Que en la lid primera injusta
Sufrió su rebelde brío
Contra la potencia suma:

En conciliábulo torpe,
La inmensa falange impura,
A despecho de su audacia,
Con mil temores fluctúa.

Mas no puede en tantos odios
Vencer la pérdida astucia,
Y ya al hirviente coraje
La sed de venganza triunfa.

Que en la cruz que allá del Gólgota
Domina en la negra altura,
Ven los ángeles perversos
De sus altares la tumba.

Como acorralada fiera
Que ve imposible la fuga,
Y á perros y cazadores
Se revuelve furibunda:

Así Luzbel maldecido,
A quien su rencor abrumba,
Prepara el último alarde
De su pujanza consunta.

Y el labio cárdeno, tinto
De sanguinolenta espuma,
A la árdua lid se abalanza
Con desesperada furia.

Al grito feroz de guerra
El báratro se conturba,
Y las maldecidas haces
Se desparraman confusas

Sobre la tierra: de Cristo
Los soldados fuertes luchan:
Corre á torrentes la sangre
En montañas y llanuras;

—Pero Miriam los acorre
Desde el cielo en la árdua pugna,
¡Y esplendorosa y triunfante
Sale la fé con su ayuda!

VII.

MARIA fué la milagrosa fuente
Entre espesos zarzales escondida,
De cuya linfa pura y trasparente
Brotó copioso el manantial de vida:
Creóla para sí el Omnipotente,
Entre todas las otras elegida,
Y á completar su esencia soberana,
Hízola madre de la fé cristiana.

LA FE CRISTIANA.

VIII.

“Haya luz!” dijo Dios.—Aun turba el viento
Con terrible rumor su voz divina,
Y ya luce en el vasto firmamento
La primera alborada matutina:
Mil mundos con pausado movimiento
Marchan á do su amor los encamina.
Y en un instante el universo adulto
Rinde al Sumo Hacedor devoto culto.

De árido pedregal manan las fuentes,
Y á confundirse van al manso rio,
Y el rio con sus diáfanas corrientes
Se arroja en medio al piélago bravío:
Surgen los montes, brotan los torrentes,
Y á la voz del Supremo poderío,
De seres mil, millares de millares
Van á poblar el viento, tierra y mares.

¡Hay un Dios!—Le tributan homenaje
La encina secular en el altura,
El zumbador insecto entre el follage,
El cristalino arroyo que murmura;
En su tierno, dulcísimo language,
Le canta el ruiseñor en la espesura,
En su gruta el leon con su rugido,
Con su arrullo la tórtola en su nido.

¡Hay un Dios! tierra y mar, y fuego y viento
Cantando van á un tiempo en su alabanza;
Revela su hermosura el firmamento,
La tempestad su turbida pujanza,
Su infinito saber el pensamiento,
Su bondad infinita la esperanza,
El almo sol su brillo soberano,
Su vasta inmensidad el Oceano!

Solo el hombre infeliz erró el camino,
¡Ceguera incomprensible y lastimosa!
El mas perfecto ser que al mundo vino,
De Dios la criatura mas preciosa,
El soberano del Eden divino,
Aquel á quien su mano generosa
Dió un fulgente destello á su ciencia,
Ese solo dudó de su existencia!

Dudó;—fué mas allá:—¡negó el menguado
Que hubiera un Dios, en su febril locura;
¡Negó al Señor, el rey de lo criado!
¡Renegó del Criador la criatura!
El miserable siervo del pecado,
Ardiendo en saña y en soberbia impura,
¡No hay mas Dios! exclamó en su desatino,
Ni mas ley, ni mas freno que el destino!

¡El destino!—Dios ciego, que un demente
A su antojo formó, como él pequeño;
Monstruosa creación de insana mente;
Mentida sombra que abortó un ensueño:
Al bien como á los males impotente;
Mirando sin favor ni torvo ceño
Al vicio y la virtud, y así al verdugo
Como al que espira so el infame yugo.

O bien, astro fatal, cuya carrera
Es dó tiene la muerte su dominio;
Divinidad terrífica que impera
Sobre campos de sangre y esterminio:
Monstruo devorador, cuya hambre fiera,
No saciada en el lúgubre triclinio,
Le impele á devastar con ciego encono,
Y asienta entre cadáveres su trono.

Si á todo pone fin la cruda muerte,
¿A qué el renombre que el mortal ansía?
Si todo ha de parar en polvo inerte,
¿A qué tanto anhelar, tanta agonía?
¿Para qué la virtud del varon fuerte?
¿Para qué la inspirada poesía?
El númen de los cantos inmortales,
¿Qué busca en tan desiertos arenales?

¿Dejó su asiento en el sublime coro?
Abandonó las salas diamantinas,
Para cernerse acá con triste lloro
Sobre desolacion, luto y ruinas?
Y el eterno laúd de cuerdas de oro,
Las armonías del Eden divinas,
¿Qué entonces fueran, sino duelo y llanto,
Digno cantar en infortunio tanto?

El himno funeral que el cisne entona
Al cerrar á la luz sus tristes ojos;
De fúnebre ciprés mustia corona
Que anuncia de la muerte los despojos;
Viento que gime en solitaria zona
Entre zarzas estériles y abrojos,
¿Sin hallar una planta, un eco amigo
Que repita su voz y le dé abrigo!

¿Qué es el hombre lanzado en esta tierra,
Sin la luz de la antorcha soberana,
Sin el raudal de júbilo que encierra
La fuente pura de la FE CRISTIANA?
Muévenle sus pasiones cruda guerra,
Y si la débil fortaleza humana
Opone solo á su tremendo embate,
¿Cómo vencer en el mortal combate?

Cual la flor que en fructífero terreno,
Con la savia del sol vivificante,
Gala y orgullo del pensil ameno,
Crece olorosa, y bella, y rozagante;
Trasplantada despues en suelo ajeno,
Pierde su esplendor, su olor fragante,
Y á darle nueva vida, extraño fuego
Nunca es bastante, ni amoroso riego:

Así el débil mortal, á la flaqueza
Del propio corazon abandonado,
Camina de este mundo en la aspereza,
De negras sombras y de horror cercado:
Víctima del temor y la tristeza,
Con la ominosa carga del pecado
Pesando siempre en los cansados hombros,
Se arrastra entre zarzales y entre escombros.

Que es su fé vacilante, su amor frio,
Su caridad mezquina y limitada,
Su pensamiento el caos ó el vacío,
Tinieblas el fulgor de su mirada:
Su ardimiento temor, flaqueza el brío,
Miseria su ambicion, su ciencia nada!
Júzgase un Dios en su delirio insano,
Y ante el trono de Dios es un gusano!

Todo lo que su escasa inteligencia
Crea, pasa veloz.— De cien naciones,
¿Dónde ahora la fama y prepotencia?
¿Qué fué de los temidos Faraones?
¿Qué del griego poder la clara ciencia?
Imperios y ciudades, religiones
Y leyes y costumbres; ¿dónde fueron?
¡Ay! en polvo fugaz se corrieron.

Del Eufrates undoso en la ribera,
Acaso busca el docto peregrino
Dónde fué la metrópoli altanera
Del vasto imperio del famoso Nino:
Restos, cenizas fúnebres, do quiera
Embarazan el lúgubre camino,
Y el eco de su voz solo retumba
So el techo de la inmensa catacumba.

Todo era miedo, y llanto, y desventura,
En las tinieblas de la noche humana;
El mundo era una vasta sepultura
Do reinaba la muerte soberana:
Cuando tú, sumo Dios, tú, fuente pura
Do la santa verdad copiosa mana,
Del Sinai celestial bajaste al suelo
A darnos en tu ley vida y consuelo,

Lucha en vano el error.— Hombres oscuros
Se lanzan á la lid con faz serena:
“¡Morir para vencer!” gritan seguros,
Y en sangre bañan la ominosa arena:
Ya tiemblan los satélites impuros,
Al ver el entusiasmo que enagena
A las sagradas víctimas, y el fiero
Dejan caer, ensangrentado acero.

Y no solo los fuertes campeones
Arrostran el poder de los tiranos;
Las vírgenes de tiernos corazones,
Las esposas, los débiles ancianos,
Inermes al furor de los sayones
Se entregan y á los tigres africanos;
Y la madre, tal vez en santa ofrenda
Presenta de su amor la única prenda!

Brotó la luz.— Llegó á su complemento
La humanidad maldita y degradada;
La tierra, el mar, los ámbitos del viento.
Repitieron la *nueva deseada*:
Y del báratro al fondo turbulento,
La falange de espíritus malvada,
Huyendo se lanzó del númen fuerte,
Unico triunfador contra la muerte.

¡Bella, inmortal, benéfica, divina,
Omnipotente fé, siempre triunfante!
Del alma fortaleza diamantina,
Que miedo infunde al infernal gigante;
Fuente de amor serena y cristalina,
Que ofrece grata sombra al caminante,
Y con sus puras ondas le convida
En medio del destierro de la vida:

Faro amigo que surge en lo lejano
Al náufrago infeliz en noche oscura,
Cuando rugiendo airado el Oceano,
Y llena el alma de mortal pavora,
En vano esfuerza la cansada mano
A luchar con su indómata bravura,
Y al ver la luz en la ribera ansiada,
Cobra vigor y con aliento nada:

Sublime fé, del hombre compañera,
A sus trémulos pasos docto guia;
Unica luz de claridad sincera,
Unica inspiracion que no estravía;
Unico amigo cuya voz severa
Nos consuela y ampara en la agonía,
Mostrándonos risueño en lontananza
El puerto que soñó nuestra esperanza:

¡Salve, pura centella, desprendida
Del foco inmenso de la eterna lumbre!
¡Salve, perenne manantial de vida,
Que brotaste del Gólgota en la cumbre!
Tú eres el ígneo rayo que intimida,
El iris de la paz y mansedumbre,
De todo bien generador fecundo,
¡Ciencia, virtud, poder, alma del mundo!

